

V

LA HIJA DEL INDIO

La nueva casa, donde condujo Gregorio á los aventureros, estaba cerca de aquel río San José que el día anterior habían visto á gran distancia desde la otra casa.

Esta vivienda reunía mejores condiciones que la otra.

Apenas llegó el indio, de entre un bosquecillo de naranjos y otros árboles frutales, salió una voz armoniosa que dijo:

—¡Padre, padre!

Y, al mismo tiempo, una preciosa joven salió del bosque y corriendo hacia el indio le abrazó, diciendo:

—¡Cuántos días que no te había visto!

El indio contempló cariñosamente á su hija, la estrechó entre sus brazos y volviéndose después á sus compañeros, les dijo:

—¡Perdenad, señores, pero se trata de mi hija, á quien os presento!

Los tres aventureros, sin pronunciar una palabra, se inclinaron respetuosamente.

—No sé por qué has salido, hija mía, —dijo Gregorio á la joven. — Ya hubiera entrado en tu habitación.

—¡Perdona, padre, pero te he visto llegar con estos caballeros y he venido por si tenías que darme alguna orden!

—¿Darte órdenes yo, querida Luz? —exclamó sorprendido Gregorio.

—Órdenes, respecto á estos mismos señores.

—Eso es otra cosa, hija mía. Tienes razón. Estos caballeros pasarán la noche en nuestra casa. Ya lo sabes.

La joven hizo una reverencia á los caballeros y desapareció en el interior de la casa.

—Preciosa hija tenéis, Gregorio, —dijo Cesar.